



EL "INTXISU"

(Cuento montañoero)

BIDAZTI

Todo es fácil cuando está hecho—se dice—y, en realidad, así es. Yo, por ejemplo, nunca creí que pudiera descender por donde lo hice cuando se me ocurrió bajar por uno de los derrumbaderos del Txurumuru. Y nunca quedé más encantado con mi decisión—un poco impresionante si se miraba hacia arriba y se veía el adusto paredón de más de cuarenta metros, ascender liso a clavarse en las inquietas nubes—que cuando me vi a su pie sumergido en el mágico mundo de enmarañadas y salvajes matas entre las cuales afloran ariscos monolitos y se trazan profundas grietas por las cuales discurren susurrantes arroyuelos.

Iba solo. Una imprudencia, pero..., ¿qué sería del mundo sin los imprudentes? Iba solo y entusiasmado con mi decisión de bajar por donde no había caminos y donde—una vez descendidos unos cuantos metros—las cimeras rocas adquieren proporciones de enormes torres de catedral llenas de fantásticos altos y bajos relieves y a cuyo pie, robles y hayas, helechos y aliagas, se retuercen como dicen que hacen las almas en pena...

Bajaba en medio de un intenso silencio, vigilado por unos buitres de vuelo majestuoso, procurando eludir los aguijonazos

de las aliagas que, como se sabe, defienden «su territorio» despiadadamente y originan verdaderos problemas donde no hay sendas. Durante algún tiempo—¿cuánto?—no pude dedicar mi atención a otra cosa que a sortearlas. Fue en un descanso, al levantar la cabeza, cuando lo vi.

Mi sorpresa fue tal que la aliaga cuyo tallo pisaba se escurrió enderezándose y me dió un vengativo latigazo en la pantorrilla derecha que me hizo ulular de dolor. Dejando aparte el sobresalto de aquel inesperado encuentro, mi confusión estaba más que justificada. El ente que tenía ante mí era algo que no se olvida nunca. Era pequeño, muy pequeño. Eso era lo primero que saltaba a la vista, pues estaba de pie sobre una roca y claramente se veía que su estatura no pasaría de un metro... Tenía una poblada y negra barba que le llegaba hasta la cintura... y un puntiagudo gorrito de piel... y una blusa larga y remendada de color y textura que también recordaban al cuero, así como sus amplios pantalones que iban a hundirse en una especie de botas negras cuyas puntas se elevaban agudas y se retorcián cual cuernos de carnero...

Al principio dudé de lo que veía. Por el color de su indumentaria se podía haber mimetizado entre las rocas y las aliagas sin que, aun pasando a su lado, me diese cuenta de su existencia... pero estaba de pie en un peñasco y se destacaba contra el azul del cielo.

Nos miramos mutuamente durante unos segundos con esa sonrisa bobalicona de los sorprendidos. Bueno, esto lo digo por mí, porque, de él, sólo puedo decir que sonreía con los ojos, ya que su cerrada barba no dejaba ni entrever su boca.

—Egun on, jauna—me salió en vascuence casi sin darme cuenta y la sonrisa se acentuó en sus ojos. Una voz cantarina me preguntó, en el mismo milenarismo idioma, que de dónde era, y al contestarle que de Rentería me vi envuelto en una rara conversación que intento transcribir aquí valiéndome de mi desconcertado recuerdo.

—¿De Rentería?—se extrañó—. ¿Dónde está eso...?

—¿No sabe dónde está Rentería? Pues... allá, tras esa bruma polutiva, entre Oyarzun y Donostia...

—¿Oya-sun has dicho?—me tuteaba sin ningún reparo.

—Sí. Oyarzun.

—¡Ah!, y Donosti, ¿dónde está?

—¡Allí también...!—y le señalaba el grisáceo-amarillento manto que cubría el valle. ¿De dónde sale que ni siquiera sabe dónde está la capital de Guipúzcoa?

—¿Ipur koa?

—¡Qué barbaridad! ¡Guipúzcoa!

—¡Ja, ja, ja...!—su risa era extrañamente cantarina—. Aún quedan sombras de mis tiempos... Oya-sun, Ipur-koa... Esto será Hapya ko arri, ¿no?

—Exacto, aunque no tanto: Ayako-arri; así.

—¡Bah! Yo me entiendo y tú no me vas a enseñar cómo se llama esto...

—Puede que no, pero si no sabes dónde está Rentería ni San Sebastián, ¿por qué vas a saber más que yo? Y a todo esto, ¿quién eres tú?—yo también comencé a tutearle un poco «mosca».

—¿Yo? Se puede decir que nací con estas rocas. ¿Has oído hablar alguna vez de los que enseñaron a los hombres a trabajar el hierro...?

Un relámpago fugaz me iluminó—¿No serás un «intxisu»?—pregunté incrédulo.

—¿Intxisu? No... Etxisu.

—Bueno, yo me entiendo también—le dije en revancha. Luego, cayendo en la incongruencia del hecho, lo miré con incredulidad lanzando al aire un estúpido ¡No!

—¡Sí!

—¿Cómo es posible?

—Dormía y me he despertado...

—Pero, ¿desde cuándo dormías?

—¡Uf! ¡Cualquiera lo sabe!

—Veamos—argumenté convencido, sin saber por qué, de que me decía la verdad—. ¿Conociste a los romanos?

—¿Romanos? Sí. Eran los que se llevaban la plata que hacían sacar de esos «zulos».

—¿Estuvieron mucho tiempo aquí...?

—Unos cien años... Pero tú, ¿cómo sabes que hubo romanos? Eso fue hace mucho tiempo...

—¡Ah! ¿Qué te creías, que sólo tú sabes cosas? Yo sé que aquí hubo romanos y que, por lo menos, unos cuatrocientos estuvieron cavando esos «zulos» durante unos ciento cincuenta años...

—No sabes mucho. Fueron más de cuatrocientos...

—¿Romanos...?

—¡Qué va! Los que trabajaban eran autrigones, várdulos, galos... Los romanos sólo dirigían...

—Y los que trabajaban, ¿eran esclavos?

—Unos sí, otros no. Había de todo.

—Y vosotros, ¿qué haciais?

—¿Nosotros? También trabajábamos para los romanos. Les hacíamos picos, palas, azadas, hachas, espadas, broqueles y cosas así. Nos pagaban bien. Nuestro oficio ha sido siempre trabajar el hierro. Es nuestro secreto y nuestro tesoro...

No sabía qué pensar de todo cuanto estaba oyendo. La estatura, la estrafalaria vestimenta, el arcaico euzkera que empleaba, lo que me contaba... ¿Sería un farsante que me estaba tomando el pelo? No parecía, pero...

—Y, ¿cómo es que estás sólo?—pregunté.

—Mis hermanos duermen. De vez en cuando tenemos regulado el despertarnos alguno para que eche una ojeada al mundo por si ha llegado la hora de nuestro regreso...

—¿Cómo sabrán que ha llegado esa hora...?

—¡Fácil! Cuando el hombre vuelva a vivir pura y sencillamente y haya olvidado la manera de trabajar el hierro. Cuando sus costumbres estén libres de todo artificio... Cuando vuelva a ver «lamiñas» y «basojaunes»..., entonces nosotros, los «etxisuak» volveremos a ponerles en el camino del progreso material dándoles el hierro. Aunque, la verdad, no sé para qué. ¡Siempre emprendéis el camino malo...!

—Cuando desconozca el hierro? Eso significa volver a la barbarie. ¿Cómo puede ser eso?

—¿Barbarie ser hombres limpios y puros...?

—¿Qué otra cosa puede ser el hombre que no conoce el hierro?

—Hay muchas maneras de barbarie. ¿Qué os creéis que sois vosotros? Sólo habéis avanzado materialmente... ¿Dónde están

vuestros adelantos morales?—y refunfuñó entre dientes algo que no entendí pero que no debía ser muy agradable para nosotros.

—Bueno, bueno, no te excites... ¿Cómo pasará eso...?

—¿El qué...?

—El volver a no conocer ni el hierro...

—Por vuestra estupidez... Cómo... no te lo diré, pero es seguro que quedará borrada de la faz de la Tierra toda vuestra errada y orgullosa «civilización»—y esta palabra última sonaba tan despectivamente que no pude menos que cortarle diciéndole:

—¡Un momento! ¡Un momento! Si has estado durmiendo..., ¿qué puedes saber de nuestra civilización?

—No es difícil para mí conocerla por lo que veo—y sus ojos seguían la estela de un reactor que trazaba una recta en el azul, a la suficiente altura como para no oírse sus motores—. Además, tenemos nuestras tablas predictivas. Lo que ha pasado, marca el camino a lo que pasará.

—Esto me suena a chino: «Lo que ha pasado marca el camino a lo que pasará». ¡Clarísimo! Pero..., ¿qué ha pasado?

—¿Me lo preguntas a mí? ¿No lo sabes? ¡Vaya, vaya!...

—Por lo que yo sé, no veo nada que me diga lo que va a pasar y, como no me lo digas tú...

—Cuando despertó, hace unas cuantas décadas, nuestro vigía de turno, encontró a los hombres encaprichados con peligrosos juguetes: la Biología, la Física y la Química... Aunque aún no lo sabíais, era el camino de las mutaciones de los genes, de la energía atómica y de los viajes espaciales, y también el de la destrucción...

—Bueno, me pones los pelos de punta... Pero, dime, ¿esto ya pasó antes «que marca el camino», etc., etc.?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí. ¿No has leído la Biblia?

—¿La Biblia? ¡Ah! ¡El Diluvio y todo eso...!

—Justo, el Diluvio y todo eso...

—Pero, ¡el Diluvio fue provocado por Dios!

—Fueron los hombres quienes lo provocaron. Dios se limitó a dejarlos hacer... igual que ahora.

—Y, ¿cómo pudieron los hombres provocar tal desastre?

—Mira, chico, me estás tirando de la lengua demasiado, pero te contestaré porque, después de tanto dormir, tengo ganas de charlar. Así como vosotros tenéis como el más grande de los descubrimientos las desintegraciones atómicas, hubo otros que dominaron algo en lo que vosotros estáis «peces»: la fuerza de la gravedad. Aquellos también se fueron demasiado lejos y un día provocaron el que los mares se elevasen en masas gigantescas para desplomarse sobre las tierras pobladas... Los que forzaron tal cosa no era eso, exactamente, lo que querían, pero... tampoco controlaban lo que tenían entre manos, justamente como os pasa a vosotros con los átomos, y... ¡cataplúm! La humanidad tuvo que

comenzar con Noé y algunos pocos más repartidos por los cinco continentes...

—Oye, eso ¿no te lo has inventado?

—Tenéis pruebas en todas partes, pero sois tan fatuos que no sabéis interpretarlas...

—¡Vaya! ¡Tú has leído a Bergier!

—No sé quién es ése ni me importa. Y si, según se desprende de tu afirmación, ese tipo sostiene algo parecido en sus escritos, pues... sabe lo que dice.

—Bueno, pero—si a lo dicho antes—si has estado durmiendo, ¿cómo puedes saber a qué grado hemos llegado en nuestra civilización?

—Leo tu mente. Mientras hablo contigo voy viendo lo que tú ves, lo que recuerdas y lo que prevés. No sabes mucho, la verdad. Me hubiera gustado encontrarme con alguien menos ignorante que tú, pero con todo, me hago una idea bastante completa de vuestra civilización y me basta...

—¿No es buena?

—No.

—Pero, ¿por qué?

—El que no lo sepáis será, precisamente, una de las causas que terminarán con vosotros. ¿Crees tú que, verdaderamente, tiene mucho de buena? Estáis cegados por los frigoríficos, el aire acondicionado, los televisores, los autos, los aviones..., y con todo eso llenáis los montes de latas oxidadas, los ríos de basuras y lejías, el aire de humos y gases, los mares de petróleo y vertidos de lo que mata los ríos. Pronto no habrá monte, río o mar que pueda contener vida, ya que hasta el aire envenenáis... Y si esto no os mata, si sois tan duros como para sobrevivir a todas las porquerías residuales de vuestra «civilización», ¿qué me dices de los sentimientos? ¿Qué de vuestros corazones llenos de ambiciones, de odios, de ansias de revancha? Hay guerras por aquí y por allá, disputas por el petróleo, por los fosfatos, por canales, por derechos de pesca, por... todo. Nadie quiere dar a los demás lo que tiene ¡Ni compartirlo siquiera! El que de algo dispone lo guarda, aunque maldita la falta que le haga y otros perezcan por su carencia... No, muchacho, no. Tendrán que juntarse muchas almas de buena voluntad, pero, ¡muchas, muchas!, para salvar al hombre actual... Me huelo cercano el día de nuestro regreso...

En esto retembló ligeramente la tierra y otro «intxisu», de porte soberbio y cara de pocos amigos, surgió, sin saber cómo, junto al otro.

—¡Eh, tú, «berritxu»!—dijo a mi interlocutor—. Ya has hablado bastante como para descansar otros mil años... Así que ¡hospa!

Asombrado vi cómo mi «intxisu» desaparecía esfumado en el aire. El recién llegado me contempló especulativamente y me dijo:

—Es igual que lo cuentas por ahí... ¡Nadie te creará!—y desapareció.

La verdad os digo que bajé tan cabizbajo y meditabundo sobre lo que acababa de ver y oír que, para cuando quise reaccionar, ya estaba en las minas con bastante dolor de cabeza como para temer que sufría de insolación...